

que para satisfacer un cruel placer no perdonan ni á Dios ni á los hombres. »

Una luz pálida y descolorida alumbra de repente la selva.... se estremece el Conde .. el horror corre por todos sus miembros, y una tempestad helada remolina en derredor suyo.

Durante la espantosa tormenta, sale del suelo una mano negra que se levanta, se apoya encima de su cabeza, se cierra, y le vuelve la cara hacia las espaldas.

Estalla una llama azul, verde y colorada que gira en derredor suyo... Hállase en un océano de fuego; ve aparecer por medio del vapor todos los huéspedes del negro abismo ;... millares de espantosas figuras se levantan de él y principian á perseguirlo.

Huye por los bosques, por los campos dando dolorosos alaridos; mas la jauría infernal lo persigue sin tregua, de día en las entrañas de la tierra, de noche en el espacio de los aires.

Su rostro queda vuelto hacia las espaldas : así ve siempre mientras huye los monstruos que el espíritu del mal azusa contra él; los ve que rechinan los dientes y se abalanzan á punto de alcanzarlo.

Es la gran caza infernal que durará hasta el último día, y que á menudo ocasiona tanto espanto al viajero de noche. Más de un cazador pudiera contar cosas terribles, si se atreviera á abrir la boca sobre semejantes misterios.

TROZOS ESCOGIDOS

DE DIFERENTES POETAS ALEMANES

LA MUERTE DEL JUDÍO ERRANTE.

Rapsodia lírica de Schubart.

Ashavero se arrastra fuera de una caverna sombría del Carmelo... Pronto habrá dos mil años que anda vagando sin descanso de un país á otro. El día en que Jesús llevaba la carga de la cruz, quiso descansar un rato delante de la puerta de Ashavero..... ¡ Ay! éste no lo permitió y expulsó duramente al Mesías. Jesús tumba y se cae bajo el peso, pero no se queja.

Entonces, el ángel de la muerte entró en casa de Ashavero, y le dijo con voz irritada : « Has negado descanso al Hijo del Hombre ;.... y bien, monstruo, ya no habrá descanso para ti hasta que vuelva Cristo ! »

Un negro demonio salió de repente del abismo y se puso á perseguirte, Ashavero, de país en país.... ; ¡ las dulzuras de la muerte, el descanso de la tumba, todo eso te se niega desde entonces !

Ashavero se arrastra fuera de una caverna sombría del Carmelo.... Sacude el polvo de su barba, agarra una de las calaveras que allí hay amontonadas, y la arroja desde la cima de la montaña ; la calavera salta, rebota y se hace pedazos..... « ¡ Era mi padre ! exclamó el Judío. ¡ Otra más !... ¡ Ah ! seis todavía

van á rebotar de roca en roca... y éstas... y éstas ! rugió con ojos ardientes de rabia ; ¡ éstas son mis mujeres. ¡ Ah ! las calaveras siguen rodando.... Éstas, y éstas, son las calaveras de mis hijos. ¡ Ah ! ¡ ellos han podido morir ! ¡ pero, yo, maldito, yo no puedo ! la espantosa sentencia pesa encima de mí por toda la eternidad !

« Jerusalén cayó... Aplasté al niño de pecho ; me arrojé entre las llamas ; maldije el Romano en su victoria... ¡ Ay, Ay ! ¡ la incansable maldición siempre me protegió y no he muerto !

— Roma la gigante se desplomaba en ruinas ; fuí á ponerme debajo ; cayó... ¡ sin aplastarme ! Sobre esos escombros se levantaron naciones y después dejaron de existir delante de mis ojos... ¡ yo me he quedado y no puedo dejar de existir !

« Desde la cima de una roca que se levantaba entre las nubes, me precipité en el abismo de los mares ; pero pronto las olas agitadas me llevaron á la orilla, y la saeta de fuego de la existencia me traspasó de nuevo. Medí con la vista el cráter sombrío del Etna y me arrojé en él con furor !... Allí ahullé diez meses entre los gigantes, y mis suspiros cansaron la sima sulfurosa... ¡ Ay ! ¡ diez meses enteros ! Sin embargo, fermentó el Etna y volvió á vomitarme entre olas de lava ; palpité bajo la ceniza, y me puse á vivir.

« Una selva estaba ardiendo ; me arrojé en ella al instante... toda su cabellera cayó encima de mí en chispas, pero el incendio rozó mi cuerpo y no pudo consumirlo. Entonces, me mezclé con los destructores de hombres, me precipité en la tormenta de los combates... Desafié el Galo, el Germano... pero mi carne embotaba las lanzas y las saetas ; la espada de un Sarraceno se hizo pedazos sobre mi cabeza : por largo

tiempo vi las balas llover sobre mis vestidos como si fuesen guisantes arrojados sobre una coraza de bronce.

« Los truenos guerreros serpentearon sin fuerza en derredor de mis lomos, como en derredor del peñón almenado que se levanta hasta por encima de las nubes.

« ¡ En vano me pateó el elefante, en vano el caballo de guerra me acometió con sus pies armados de hierro ! Una mina cargada de pólvora estalló y me arrojó por las nubes : volví á caer atolondrado y medio quemado, y me volví á levantar entre la sangre, los sesos y los miembros mutilados de mis compañeros de armas.

« La maza de acero de un gigante se rompió encima de mí, el puño del verdugo se quedó paralizado al quererme agarrar, el tigre embotó sus dientes sobre mis carnes : nunca pudo un león hambriento despedazarme en el circo. Me acosté encima de sierpes venenosas, tiré el dragón de su melena sangrienta... ¡ me picó la serpe y no morí ! ¡ el dragón se enroscó al rededor de mí y no morí !

« He afrontado los tiranos sobre sus tronos ; he dicho á Nerón : « ¡ Eres un perro ebrio de sangre ! » á Christiern : « ¡ Eres un perro ebrio de sangre ! » á Mulei-Ismaél : « Eres un perro ebrio de sangre ! » Los tiranos han inventado los más horribles suplicios ; todo fué impotente conmigo.

« ¡ Ay ! ¡ no poder morir ! ¡ no poder morir !... ¡ Oh cólera de Dios ! ¿ podías pronunciar un anatema más horroroso ? ¡ Y bien, cae al fin sobre mí como el rayo, precipítame de las peñas del Carmelo, rueda yo á sus pies, me agite convulsivamente y muera ! ¡ Y Ashavero cayó ! Los oídos le zumbaron y la noche bajó encima de sus ojos de erizadas pestañas . Un ángel volvió á llevarlo

á su caverna. Duerme ahora, Ashavero, duerme de un apacible sueño ; la cólera de Dios no es eterna. Cuando recuerdes, allí estará ese cuyo sangre viste chorrear en el Gólgota, y cuya misericordia se extiende sobre ti como sobre todos los hombres.

LA PIPA.

Canción de Ppeffel.

« ¡Buenos días, mi viejo amigo ! Y bien, ¿qué le parece la pipa ? — Á ver : una maceta de barro colorado con aros de oro !... ¿ Cuánto quiere Vd. por la cabeza de esa pipa ?

— ¡ Oh ! señor, yo no puedo desprenderme de ella ; me viene del mejor de los hombres quien, Dios lo sabe, la conquistó á un Bajá en Belgrado

« Allí sí que hicimos un rico botín !... ¡ Viva el príncipe Eugenio ! Se veían nuestros soldados que segaban los miembros de los turcos como si fuese heno.

— Volveremos á este capítulo otra vez, mi compañero : ahora, sea Vd. razonable. He aquí un doble ducado por la pipa.

— Soy un pobre diablo y vivo de mi sueldo de retiro ; pero, señor, no la daría yo por todo el oro de la tierra.

« Ahora escuche Vd esto : Un día, los húsares arrollábamos el enemigo que era un gusto ; de repente un perro genízaro hiere mi capitán en el pecho.

« Pongo el capitán sobre mi caballo... Lo mismo hubiera hecho él conmigo ; y despacio me lo llevé lejos de la refriega á casa de un hidalgo.

« Asistí al herido ; mas cuando se vió cerca de su

fin, me dió todo su dinero, y la cabeza de esta pipa ; me apretó la mano y murió como un valiente.

« — Es preciso, pensé, que des este dinero al huésped, quien ha padecido el saqueo tres veces ; pero conservé esta pipa como recuerdo de mi capitán.

« En todas mis campañas la llevé conmigo como una reliquia ; á veces éramos vencidos, otras veces éramos victoriosos ! yo la guardaba siempre dentro de mi bota.

« Delante de Praga, un tiro me rompió la pierna : llevé la mano á mi pipa y después al pie.

— He quedado conmovido al oiros hablar, buen anciano, conmovido hasta llorar. ¡ Oh ! decidme como se llamaba vuestro capitán para que yo también le honre é invidie su suerte.

— Llamábanlo el valiente Walter ; su hacienda está allá abajo cerca del Rin.

— Era mi abuelo y esa hacienda es mía. ¡ Venid amigo mío, de hoy en adelante viveréis en mi casa ! ¡ Olvidad vuestra indigencia ! venid á beber conmigo el vino de Walter, y á comer el pan de Walter conmigo.

— ¡ Bien, señor, sois su digno heredero ! iré mañana á vuestra casa, y os manifestaré mi agradecimiento dejándoos esta pipa después de mi muerte. »

CANTO DE LA ESPADA.

Por Körner.

« Espada suspendida á mi izquierda, ¿ por qué brillas tan hermosa ? ¡ Oh ! tu alegría excita la mía... ¡ Hurra !

— Acompaño á un valiente guerrero, defendiendo un hombre libre, y de eso me alegro... ¡ Hurra !

— Mi hermosa espada, yo soy libre y te quiero...
¡ Oh! te quiero como á una esposa... ¡ Hurra!

— Tuya es mi brillante vida de acero: ¡ ah! ¡ ah!
cuándo agarrarás á tu esposa?... ¡ Hurra!

— Ya la trompeta alegre anuncia la mañana bermeja... Cuando retumbe el cañón, agarraré á mi querida... ¡ Hurra!

— ¡ Oh! ¡ dulce momento, con cuánto deseo te imploro! ¡ oh! agárrame querido esposo, mi pequeña corona te pertenece... ¡ Hurra!

— ¡ Cómo te agitas en tu vaina, espada; tu alegría de sangre es muy ruidosa!... ¡ Hurra!

— Me agito porque me impaciento en mi vaina, porque me gusta la batalla... ¡ Hurra!

— ¡ Quédate aún en tu retiro, mi querida, quédate! pronto te sacaré de él... ¡ Hurra!

— No me hagas esperar mucho... ¡ Oh! ¡ cuánto me gusta mi jardín de amor, todo lleno de hermosa sangre colorada y de heridas abiertas!... ¡ Hurra!

— Sal pues de tu vaina, tu que regocijas los ojos del valiente; sal que te lleve á tu dominio... ¡ Hurra!

— ¡ Viva la libertad en medio de todo este resplandor!... ¡ la espada reluce á los rayos del sol como una blanca novia!... ¡ Hurra!

— Valientes jinetes alemanes, ¿ no se enciende vuestro corazón?... Agarrad vuestra querida... ¡ Hurra!

— ¡ Dios la bendiga cuando la tengáis asida, y desdichado del que la abandone!... ¡ Hurra!

— Reluzca la alegría de la novia, delante de todos los ojos resplandezca de centellas... ¡ Hurra!

LLAMADA.

Por Kørner (1813).

¡ Adelante, pueblo mío! el humo anuncia la llama, la luz de la libertad se arroja del Norte viva y ardiente; es preciso templar el hierro con la sangre de los enemigos: adelante, pueblo mío, el humo anuncia la llama. ¡ La mies es grande, prepárense los segadores! ¡ En la espada sola se halla la esperanza de la salvación, la última esperanza! ¡ Arrójate con valor entre las filas enemigas y abre un camino á la libertad! Lava la tierra con tu sangre, entonces solamente recobrará su inocencia y su esplendor.

No es esta guerra de reyes y de coronas; es una cruzada, es una guerra sagrada; derechos, costumbres, virtud, fe, conciencia, todo lo ha arrancado de tu corazón el tirano, el triunfo de la libertad te lo devolverá. La voz de los antiguos alemanes te grita: « ¡ Pueblo, despierta! » Las ruinas de tus chozas maldicen los raptos, la deshonra de tus hijas clama venganza, la muerte de tus hijos pide sangre.

¡ Romped los arados; arrojad el buril; déjese dormir el arpa y descansar el ágil lanzadera; abandona tus patios y tus portadas!... Despléguese tus banderas y halle la libertad tu pueblo bajo las armas, pues es preciso erigir un altar en honor de su glorioso advenimiento: sus piedras se labrarán con las espadas y sus cimientos estibarán en la ceniza de los valientes.

¿ Muchachas, por qué lloráis? ¿ Por qué gemís mujeres, para quienes el Señor no ha hecho las espadas? Cuando nos arrojamos intrépidamente en las filas enemigas, ¿ lloráis porque no podéis saborear la voluptuosidad de las combates?

Pero Dios, cuyos altares abrazáis, os da el poder de suavizar con vuestros cuidados los males y las heridas de los guerreros y con frecuencia concede la más pura de las victorias gracias á vuestras oraciones.

¡ Rezad pues! ¡ Rezad para que se despierte la virtud antigua, rezad para que volvamos á ser una gran nación como antiguamente; evocad los mártires de nuestra santa libertad; evocadlos como genios de venganza y protectores de una causa sagrada! ¡ Luisa, ven en derredor de nuestras banderas para bendecirlas; marcha delante de nosotros, espíritu de nuestro Fernando, y vosotras, sombras de los antiguos Germanos, volad por encima de nuestras filas como pendones!

¡ El cielo nos protege y el infierno cejará! ¡ Adelante, pueblo de valientes!... ¡ adelante! Tu corazón palpita y tus encinas crecen. ¡ Qué importa que se formen montañas con tus muertos!... ¡ en su cima es menester tremolar el pendón de la independencia! ¡ Pero, oh pueblo mío! cuando la victoria te haya vuelto tu corona antigua, no olvides que hemos muerto siéndote fieles y honra también nuestras urnas con una corona de encina.

LA SOMBRA DE KOERNER.

Por Uhland (1816).

Si de repente se levantara una sombra de poeta y de guerrero, la sombra del que cayó victorioso en la guerra de la independencia (1), entonces resonaría en

(1) Körner murió, en 1813 en una batalla contra los franceses.

Alemania un canto nuevo, franco y acerado como la espada.... no tal cual éste mío sino fuerte como el cielo y amenazador como el rayo.

Hablaban antes, de una fiesta delirante y de un incendio vengador.... ¡ esta es una fiesta: y nosotros, sombras vengadoras de los héroes, á ella bajaremos, enseñaremos nuestras heridas aún sangrientas, para que en ellas metáis el dedo!

Príncipes, compareced los primeros. ¿ Habéis olvidado ese día de batalla que os arrastrabais de rodillas ante un hombre, para rendirle homenaje?... Si los pueblos han lavado vuestra vergüenza en su sangre, ¿ por qué engañarlos siempre con una vana esperanza, por qué negar en la calma los juramentos del terror? Y vosotros, pueblos lastimados tantas veces por la guerra, ¿ esos días ardientes os parecen ya bastante antiguos para ser olvidados? ¿ Cómo es que la conquista del bien más precioso no os ha producido ninguna ventaja? Habéis rechazado el extranjero, y sin embargo todo es desorden y saqueo en vuestro país, y nunca volveréis á tener en él la libertad, si no respetáis la justicia.

Sabios políticos, que pretendéis saberlo todo, ¿ es menester repetiros cuánta sangre han gastado los inocentes y los sencillos en pro de los derechos legítimos? ¿ Saldrá del incendio que los devora un fénix que habéis ayudado á renacer?

Ministros y mariscales, vosotros cuyo pecho está helado, está decorado con apañada estrella, ¿ ese estruendo de la batalla de Leipzig no ha llegado hasta vuestros oídos?... Y bien, allí fué donde Dios hizo su audiencia solemne.... Pero no podéis oírme, no creéis en la voz de los espíritus.

He hablado como debía, y voy á seguir mi vuelo,

voy á decir al cielo lo que ha herido mis miradas en esta tierra.

Yo no puedo ni alabar ni castigar, pero todo tiene deplorable aspecto... sin embargo muchos ojos veo aquí que se inflaman, y muchos corazones oigo que laten de ira.

LA NOCHE DE AÑO NUEVO DE UN DESDICHADO.

Por Juan Pablo Richter (1).

Un hombre anciano estaba sentado delante de su ventana á medianoche; principiaba el año nuevo. Con ojos donde se pintaban la inquietud y la desesperación, contempló largo rato el cielo inmutable adornado de brillo inmortal, y la tierra también blanca, pura y tranquila; y nadie estaba privado más que él de alegría y de sueño, pues allí estaba su tumba... no ya escondida bajo la verdura de la juventud, sino desnuda y enteramente rodeada de las nieves de la vejez. No quedaba al anciano, de toda su vida rica y alegre, sino errores, pecados y enfermedades; un cuerpo gastado, un alma corrompida, y un viejo corazón envenenado por el arrepentimiento.

Y los días felices de su juventud volvieron á pasar delante de él como fantasmas, y le recordaron la brillante mañana en que su padre le había llevado á la encrucijada de dos sendas: á la derecha, la senda gloriosa de la virtud, ancha, clara, rodeada de risueñas campiñas donde revoloteaban nubes de ángeles; á la izquierda, el rápido camino del vicio, y al cabo, una sima abierta de donde goteaban venenos, donde hor-

(1) Hemos creído deber colocar entre las poesías, los tres trozos siguientes, aunque en el original sean en prosa.

migueaban sierpes, medio escondida por un vapor sofocante y negro.

¡Ay! ahora los reptiles se colgaban de su cuello, el veneno caía gota á gota sobre su lengua y veía al fin donde había llegado.

En el arrebato de incurable dolor, exclamó mirando al cielo: « ¡Devuélveme mi juventud!... ¡padre mio, vuélveme á llevar á la encrucijada de las dos sendas para que pueda escoger otra vez! »

Pero su padre estaba lejos, y su juventud también. Vió fuegos fatuos que danzaban sobre la superficie de un pantano y después fueron á apagarse en un cementerio, y dijo: « ¡Esos son mis días de locura! » Vió también desprenderse del cielo una estrella, trazar un surco de fuego, y desaparecer dentro de la tierra: « ¡Yo soy! » exclamó su corazón que arrojaba sangre... Y la serpiente del arrepentimiento se puso á roerlo más profundamente, y hundió su cabeza dentro de la herida.

Su imaginación delirante le hizo ver entonces somnánbulos que corrían por los techos, un molino de viento que quería aplastarlo con sus grandes brazos amenazadores, y, en el fondo de un ataúd, un espectro solitario que poco á poco iba tomando sus mismas facciones... ¡Oh terror! mas de repente el son de las campanas que celebran el año nuevo llega á sus oídos cual eco de celeste cántico. Una dulce emoción penetra en su alma... sus ojos vuelven á mirar el horizonte y la apacible superficie de la tierra... Piensa en los amigos de su infancia, quienes, mejores y más felices, han llegado á ser buenos padres de familia, grandes modelos entre los hombres, y dice con amargura: « ¡Oh! ¡si yo hubiese querido, pudiera como vosotros pasar entre los brazos del sueño esta primera noche del año! ¡pudiera vivir feliz, mis buenos padres, si hubiese siempre cum-

plido vuestros votos de año nuevo y seguido vuestros sabios consejos! »

En medio de estos recuerdos de agitación y de calentura que lo transportan á tiempos más felices, cree ver de repente el fantasma que tenía sus faccionnes levantarse de su lecho helado... y en breve, singular efecto del poder de los genios del porvenir, en esa noche de año nuevo, el espectro se le iba acercando bajo sus faccionnes de joven.

¡ Eso es ya demasiado para el desdichado !... esconde su rostro con sus manos, torrentes de lágrimas salen de ellos; apenas pueden algunos endebles suspiros exhalar de su alma desesperada.

« ¡ Vuelve, dice él, oh juventud, vuelve ! »

Y la juventud volvió, pues todo eso no era más que un sueño de año nuevo : estaba en la flor de la edad y solos sus errores habían sido reales. Pero dió gracias á Dios de que estaba todavía en tiempo para abandonar la senda del vicio y seguir el glorioso camino de la virtud, el solo que conduzca á la felicidad.

Haz como él, joven, si como él has errado el camino ó ese espantoso sueño será de ahora en adelante tu juez; pero si algún día debieras exclamar dolorosamente : « ¡ Vuelve, juventud, vuelve !... » mira que no volvería.

EL ECLIPSE DE LUNA

Episodio fantástico, por Juan Pablo Richter.

En las llanuras de la luna reluciente de azucenas, habita la madre de los hombres, con sus innumerables hijas en la paz del eterno amor. El azul celeste que flota tan lejos de la tierra descansa tendido sobre este globo, que el polvo de las flores parece cubrir de olorosa

nieve. Allí reina un puro éter que nunca conturba la más ligera nube. Allí residen tiernas almas que nunca ha rozado el odio. Así como se ven enlazarse los arcos iris de una cascada, así el amor y la paz las confunden todas en un mismo abrazo. Pero cuando en el silencio de las noches, nuestro globo llega á parecer brillante y suspendido debajo de las estrellas, entonces todas las almas que ya lo han habitado en el dolor y en la alegría, penetradas de un tierno pesary de suave recuerdo, bajan sus miradas hacia esa mansión donde viven todavía objetos queridos, donde yacen los restos que poco ha ellas animaban; y si durante el sueño, la radiosa imagen de la tierra viene á ofrecerse de más cerca aún ante sus encantados ojos, sueños deliciosos les trazan de nuevo las suaves primaveras que en ella han pasado, y vuelven á abrirse sus párpados mojados en fresco rocío de lágrimas.

Pero tan luego como la sombra del cuadrante de la eternidad se acerca á nuevo siglo, el repentino rayo de un recio dolor traspasa el corazón de la madre de los hombres; pues sus queridas hijas que aun no han habitado la tierra, dejan la luna para ir á revestir sus cuerpos tan pronto cómo han sentido el frío torpor que proyecta la sombra terrestre; y la madre llora viéndolas partir, porque las que habrán quedado sin mancha serán las solas que volverán á la celeste patria... Así cada siglo le cuesta alguna de sus hijas, y ella tiembla, cuando en medio del día nuestro globo rapaz, cual densa nube, viene á oscurecer la faz del sol.

La sombra del eterno cuadrante se acercaba al siglo XVIII; nuestra tierra iba á pasar, enteramente sombría entre el sol y la luna : y ya la madre do los hombres sobrecogida, y profundamente afligida, estrechaba contra su corazón esas de sus hijas que no habían llevado aún el vestido terrestre, y les repetía gi-

miendo : « ¡Oh! ¡no sucumbáis, mis queridas hijas! ¡Conservaos puras como ángeles y volved á mí! » En ese momento la sombra señaló el siglo y la tierra cubrió el sol entero; un trueno dió la hora; un cometa con espada de fuego cruzó la oscuridad de los cielos, y del seno de la vía láctea que temblaba, una voz exclamó : « ¡ Parece, tentador de los hombres ! pues el Eterno manda un mal genio á cada siglo para tentarlo ».

Al oír esta terrible llamada, la madre y todas sus hijas se estremecieron á la vez, y esas tiernas almas se deshacían en llanto, hasta las que ya habían habitado la tierra y de ella habían vuelto con gloria. De repente el tentador, levantóse sobre nuestro globo así como un árbol inmenso, después bajo la forma de gigantesca sierpe, irguió la cabeza hasta la luna y dijo : « Yo quiero seduciros. »

Era el genio malo del siglo XVIII.

Las azucenas de la luna inclinaron sus corolas, y todas sus hojas marchitas se esparcieron al instante; la espada del cometa flameó en todas direcciones, así como se agita de por sí misma la espada de la justicia en señal que va á juzgar; la sierpe con sus ojos crueles, cuya mirada mata las almas, con su sangrienta cresta, con sus labios que lame y roe sin tregua, dejó caer la cabeza sobre el delicioso Edén, mientras su cola ávida de daño, removía sobre la tierra el fondo de una tumba. Al mismo instante, un temblor de nuestro globo hace girar sus fugitivos anillos, y vapores emponzoñados transpiran de su cuerpo, tornasolados y pesados como una nube que lleva la tormenta. Ella apartó la vista; mas la serpiente la dijo : « ¡Eva, no reconoces á la serpiente! Yo quiero quitarte tus hijas, Eva; yo juntaré tus blancas mariposas sobre el fango de los pantanos. Hermanas, miradme, ¿no tengo yo

todo cuanto se necesita para seduciros? » Y figuras de hombres se pintaban en sus ojos de víbora, anillos nupciales relucían entre sus espirales, y piezas de oro en sus escamas amarillas. « Con todo esto os quitaré la virtud y la divina mansión de la luna. Os cogeré dentro de redes de seda y de tejidos de brillante estofa; mi corona colorada tendrá atractivos para vuestros ojos, y querréis adornaros con ella; primero iré á establecerme en vuestros corazones, yo os hablaré, os alabaré; después me introduciré en una boca de hombre, y afianzaré mi obra; después lanzaré mi lengua sobre la vuestra y será cortante y llena de veneno. En fin, cuando seréis infelices ó al punto de muerte, abandonaré vuestro corazón á las saetas acerradas y ardientes de inútiles remordimientos. Eva, te digo otra vez adiós; todo lo que he dicho lo olvidarán por fortuna antes que nazcan. »

Las almas que no habían nacido, asustadas al ver tan cerca de sí el árbol espantoso del mal y sus pestíferos vapores, se escondían, se acercaban unas á otras; y las almas que habían vuelto de la tierra puras como el perfume de las flores, conmovidas por una suave alegría, por un estremecimiento que no era sin encanto, acordándose de los peligros de que habían triunfado, se abrazaban temblando. Eva apretaba estrechamente sobre su corazón á María, la más querida de sus hijas, y arrodillándose ambas levantaron al cielo ojos llenos de súplicas y de lágrimas : « ¡ Dios del eterno amor, ten compasión de ellas! » Entretanto el monstruo dirigía hacia la luna su lengua ahilada y dividida en dos agujones, como las bocas de un cangrejo; rasgaba las azucenas, ya había hecho una mancha negra en la superficie de la luna, y seguía repitiendo : « Quiero seducirlas. »

De repente, un primer rayo del sol brilló detrás de la tierra que se retiraba, y vino á colorar con celeste resplandor la frente de un grande y hermoso joven que había quedado inadvertido en medio de las almas temblorosas. Una azucena le cubría el corazón, una rama de laurel verdeaba sobre su frente ceñida con capullos de rosa y su vestido era azul como el cielo; de sus párpados que mojaban dulces lágrimas, salió una mirada de amor sobre las almas conturbadas así como el sol deja caer sobre el arco iris un rayo de luz, y dijo: « Quiero protegeros. » Era el genio de la religión. Los anillos ondeantes del mónstruo se desarrollaron á su vista, y se quedó petrificado, tendido desde la luna hasta la tierra, inmóvil, semejante á un polvorín, silencioso asilo de la muerte.

Y el sol lució con más resplandor sobre el rostro del joven, quien levantó los ojos á la bóveda estrellada y dijo al Eterno:

« ¡Oh padre mío! bajo con mis hermanas á la mansión de la vida y protegeré á todas las que me sean fieles. Cubre con un hermoso templo esa llama divina: en él arderá sin devastarlo y sin destruirlo. Adorna esta hermosa alma con el follaje de los atractivos terrestres; protegerá las frutas sin perjudicarlas con su sombra. Concede á mis hermanas ojos hermosos: yo les daré el movimiento y las lágrimas. Coloca en su pecho un corazón tierno; no perecerá sin haber latido por la virtud y por ti. La flor que pura y sin mancilla habrán conservado mis cuidados se cambiará en un hermoso fruto que volveré á traer de la tierra; pues revolotearé por encima de las montañas, del sol y de las estréllas para que de ti se acuerden y piensen que hay otro mundo además del que ellas van á habitar. Yo cambiaré las azucenas de mi pecho en una blanca

luz, la de la luna: cambiaré las rosas de mi corona en un color de rosa, el de las tardes de primavera; y todo eso hará que se acuerden de su hermano; en los acordes de la música yo los llamaré y hablaré del cielo donde tú habitas á todos los corazones sensibles á la armonía; yo los atraeré hacia mí con los brazos de sus parientes; yo esconderé mi voz en los acentos de la poesía, y me engalanaré con los atractivos de aquellos á quienes ellas amarán. Sí, ellas me reconocerán en las tormentas de la desgracia, y dirigiré sus ojos hacia la lluvia luminosa, y haré que levanten sus miradas hacia el cielo de donde vienen y hacia su familia. ¡Oh! mis hermanas queridas, no podréis desconocer á vuestro hermano, cuando después de una bella acción, después de una difícil victoria, un deseo inexplicable vendrá á ensanchar vuestro corazón; cuando durante una noche estrellada, ó á la vista del resplandor de la tarde, vuestros ojos se aneguen dentro de torrentes de delicias, y que vuestro ser entero se sienta levantado, transportado... y que alzéis los brazos al cielo, llorando de alegría y de amor. Entonces yo me hallaré todo entero dentro de vuestros corazones, y os probaré que os quiero y que sois mis hermanas. Y cuando después de un sueño muy corto, rompa la envoltura terrestre, desprenderé el diamante divino, y lo dejaré caer como reluciente gota de rocío sobre las azucenas de la luna.

« ¡Oh tierna madre de los hombres, dirige sobre tus hijas miradas más serenas y sepárate de ellas con menos tristeza; la mayor parte volverá á ti! »

El sol había vuelto á parecer todo entero: las almas que no habían nacido se dirigieron hacia la tierra y el genio las siguió. Y á medida que se acercaban de nuestro globo, una larga ola de armonía cruzaba el espacio azulado.

Así, cuando, durante las noches de invierno, los blancos cisnes viajan hacia climas más suaves, no dejan al pasar más que un suave murmullo.

La monstruosa sierpe, semejante á la inmensa curva que traza una bomba inflamada recogió sus anillos enroscándose sobre la tierra; en breve no se vió más que una corona fulminante en el espacio; después, del mismo modo que una manga va á estrellarse sobre la nave que amenazaba, se dejó caer con ruido, desarrolló por todos lados sus mil orbes y sus mil pliegues, y en ellos envolvió á la vez á todos los pueblos del mundo. Y la espada del juicio se agitó de nuevo; pero el eco del viaje armonioso de las almas vibraba aún en los aires.

ROBERTO Y CLARITA

Balada de Tiedge.

Un viento fresco soplaba en el llano; pero el aire era sofocante bajo la enramada. Los rayos colorados del sol poniente relucían entre las ramas, y solo el canto del grillo interrumpía el religioso silencio de la tarde.

La naturaleza dormía así en su descanso, cuando Roberto y Clarita se dirigieron paseando hacia el manantial de la selva, donde poco tiempo antes se habían hecho uno á otro tiernos juramentos: para ellos era un sitio sagrado. ¡ Cuánto se había vuelto hermoso después del día de su unión! Mil plantas habían florecido, y con pesar se alejaba de él la fuente, toda cubierta de hojas olorosas: dulce retiro para el viajero que venía á veces á descansar en él con delicias.

Y el ruiseñor cantó, y después de él el eco, cuando entraron los esposos en el bosque; la luna llena les

sonrió á través de las ramas de los olmos y la fuente los saludó con alegre murmullo.

Clarita cogió dos flores semejantes; después abandonándolas al curso de la corriente, las siguió inquieta con la vista; pero en breve, una se separó de la otra, y no volvieron más á juntarse.

« ¡ Oh! suspiró Clarita temblando, ¿ ves, mi amado, las dos flores que dejan de flotar juntas y una de ellas que desaparece? »

— Allá, dijo Roberto, no hay duda que van á juntarse. »

La joven escondió con sus manos su hermoso rostro; y pareció que la luna la mirase con tristeza, y el grillo cantó como si gimiese. — « Clarita mía, dijo Roberto, no llores, el velo del porvenir es impenetrable. »

Seis meses habían trascurrido cuando estalló la guerra y llamó el joven esposo á las armas. « Mi amada, exclamó, siempre te seré fiel. » Y se preparó á la partida.

Mas ella derramaba torrentes de lágrimas. « ¡ Buenos soldados, exclamaba ella, mi Roberto sabe amar y no sabe matar; tened compasión de él y de mí! » ¡ Vanos ruegos! El deber es de hierro para los hombres y han separado bruscamente á los esposos.

La joven abandonada gime dolorosamente; sigue con los ojos á su amigo, quien, al punto de desaparecer, agitaba un pañuelo blanco llamándola todavía con voz llena de lágrimas; y ella no lo vió.

Todas las tardes deja la casa de su madre, y cruzando las sombras de la noche, va á sentarse sobre la montaña; allí alarga sin tregua los brazos hacia el camino que ha seguido, mas no lo ve volver.

La fuente del bosque corre y corre siempre; el verano ha pasado, principia el otoño; el sol se levanta,